

Harry Stranger

Tete G.P.



Capítulo 1

Antes de que Harry naciera ya tenía preparado el nombre.

-Se llamará Harry- dijo la hermana sentenciando sin titubeos.

La madre, nada convencida, intentó en vano persuadir a su hija de tal disparate.

-Querida, tu padre y yo habíamos pensado en llamar a tu hermano Manolito, como los abuelos, queremos hacerles un pequeño homenaje póstumo.

-No, mamá, -insistía María- quiero que se llame Harry, como Harry Potter.

-Pero querida, ese nombre es inglés, suena raro, llamará mucho la atención aquí en el pueblo, tu hermano será motivo de burlas cuando sea mayor. No podemos arriesgarnos a que eso suceda, a ti no te gustaría ¿verdad cariño?.

-¡No, no y no!. Manolito ino!, se llamará Harry ya te lo he dicho.-Como quiera que la pequeña mandaba en casa más de lo deseado para una chica de diez años, como no hubo manera de convencer a María de lo contrario, el pequeño terminó llamándose Harry, cosa que determinó en cierto modo su futuro. Pero no fue hasta entonces, años después, cuando el destino jugó sus cartas. A veces, en ocasiones, el destino es retorcido, nos busca hasta terminar encontrándonos.

Creció entre burlas crueles, predecibles, del resto de los críos.

-¡Ven aquí Harry, que te voy a hacer un truco de magia, seguro que no lo conoces!.

Harry, de carácter natural introvertido, optó por encerrarse en sí mismo, revolviéndose el cabello compulsivamente de manera que los mechones castaños le cubrían el rostro casi en su totalidad. Usaba de forma ritual, las uñas de los dedos meñiques para practicar dos ligeras aberturas para los ojos, retorciendo meticulosamente el cabello de la zona de la nariz. Como no hablaba si no era estrictamente necesario, el orificio de la boca solo se realizaba en ocasiones contadas, practicándolo del mismo modo que el de la nariz pero en sentido contrario.

Cuando cumplió quince años, sus padres le ofrecieron la posibilidad de realizar un cambio en el registro civil dándole a elegir otro nombre de su elección, u optar por Manuel, como debió haber sido. La respuesta no dejó de sorprender a nadie.

-Me llamo Harry, ese es mi nombre, así ha de ser.

Eran tales las excentricidades de Harry que terminaron por apodarlo Harry Stranger, mote que parecía no disgustarle en absoluto, al contrario, para él era un halago pues así se sentía.

Nadie en su círculo cercano pudo convencerlo de que se cortara el pelo, ni siquiera su adorada María, que en cierto modo se sentía culpable de la progresión hacia un camino de no retorno de Harry.

Sin embargo, Harry le agradecía continuamente con curiosas muestras de cariño el empeño tenaz en la elección del nombre: cuando por las noches

le hacía llegar por debajo de la puerta un papel trazado con propuestas extravagantes de tatuajes para cada rincón de su cuerpo. El primero que recibió fue una pequeña lechuza de no más de un centímetro que debía ser tatuada justo encima del ombligo. La ubicación del tatuaje quedaba perfectamente establecida en el dibujo, no dejando lugar a dudas. En ocasiones especiales, le enviaba poemas personalizados que tramaban historias increíbles, tan fantásticamente relatadas en versos, que ella vislumbraba el tremendo amor que le profesaba y que no llegaba nunca a oír de su boca.

Capítulo 2

Como si de un trovador se tratara, Harry tejía en verso historias para María, pero esto era al principio en los primeros años. Las historias fueron fluctuando a derroteros más estrambóticos conforme el pequeño cumplía años, se encerraba en sí mismo y conformaba un perfil más radical rayando la locura. Dos matices permanecieron inalterables: cada historia era un regalo de cumpleaños para su hermana, siempre en verso. Las costumbres se convierten en obligaciones, por eso el año que María cumplió los dieciocho y no recibió su regalo se entristeció tanto que no paró de llorar durante una semana. La noche que dejó de llorar, Harry le regaló un mechón de su cabello dejando a la vista un trozo de mejilla blanca inmaculada.

El padre sonrió ligeramente al ver la zona de la cara despejada del espeso matorral en el que se había convertido su rostro, y entendió que eso podría significar un cambio de tendencia en la deriva impredecible de Harry.

Hacía años que apenas se comunicaba con él, de hecho, nadie lo hacía salvo su hermana. Su madre se conformaba con tenerlo a su lado, sano y salvo, esperando que de un día para otro se obrara el milagro y Harry se convirtiera en un niño normal, tal vez menos complejo.

María emocionada por ese acto inconmensurable de amor, se atrevió a enviarle por debajo de la puerta un pequeño dibujo de apenas unos milímetros que había diseñado para él. Era un corazón púrpura diminuto, lleno de estrellas doradas.

Harry entendió que debía tatuarlo en la zona despejada de su rostro y así lo hizo. Nunca más volvió a dejar que el pelo cubriera aquella zona de la cara.

Pero volvamos al destino, porque nadie entiende sus por qué, sus retorcidas maniobras imposibles, sus invisibles tentáculos que hacen confluir situaciones irreales en el tiempo y en el espacio.

Cuando Harry comenzó tercer curso de educación secundaria, todo parecía volver a repetirse: clases aburridas, deberes absurdos, más de lo mismo "situaciones cíclicas, previsibles, circulares", en palabras del propio Harry.

Harry se aburría tanto en las clases que aprendió a evadirse, a fugarse mentalmente, sin que nadie pudiera siquiera intuirlo. El cabello amontonado en la cara ayudaba a que pasara desapercibido.

No fue fácil al principio, dominar la táctica de estar presente y a la vez ausente le supuso algunos disgustos que dado su carácter asocial sobrellevó con altibajos. Su constancia junto con el perfeccionamiento de la técnica dieron frutos meses después, cuando entrenó su cerebro para accionar su boca a la señal de alerta proveniente de su oído izquierdo. Cuando recibía vibraciones acordes al timbre sonoro de los profesores accionaba un mecanismo que activaba sus cuerdas vocales emitiendo un: "Perdón no lo he oído bien, ¿puede repetir la pregunta?" tras o cual era

devuelto a la realidad o cuando sonaba el timbre que alertaba del cambio de clase o del fin de la jornada.
Era todo tan complejo, tan extraño...

La tarde que Daniel Things llegó a clase, Harry ni se dio cuenta, si tengo que decir la verdad se encontraba tratando de perseguir unas notas musicales que lo llevaban molestando varios días y que no conseguía adivinar de dónde o por qué lo atormentaban. Dodo-rere-mimi-fa, dodo-rere-mimi-sol, insistentemente e inscrescendo lo llamaban y él trataba de encontrar el origen de la melodía transitando por calles desconocidas dentro del mundo que había construido.

Daniel lo saludó con miedo al pasar a su lado.

-Hola-dijo sin apenas mover los labios.

Apesadumbrado trataba de colocar la silla lo más alejada posible de aquel sujeto con el rostro lleno de pelo. Era el único pupitre que quedaba libre en la clase y don Remigio le indicó que lo ocupara. Lo miró indeciso, tratando de protestar pero don Remigio lo interrumpió adivinando sus intenciones.

-No te preocupes Daniel, Harry no te molestará en abosuluto, ¿verdad Harry?-tras lo cual un Harry que parecía mecanizado contestó.

-Perdón no lo he oído bien, ¿puede repetir la pregunta?.

-Harry es como una estatua, Daniel, no te molestará, te lo aseguro.

Capítulo 3

Pero volvamos al destino, porque nadie entiende sus porqués, sus retorcidas maniobras imposibles, sus invisibles tentáculos que hacen confluír situaciones irreales en el tiempo y en el espacio. Cuando Harry comenzó tercer curso de educación secundaria, todo parecía volver a repetirse: clases aburridas, deberes absurdos, más de lo mismo “situaciones cíclicas, previsibles, circulares”, en palabras del propio Harry.

Harry se aburría tanto en las clases que aprendió a evadirse, a fugarse mentalmente, sin que nadie pudiera siquiera intuirlo. El cabello amontonado en la cara ayudaba a que pasara desapercibido. No fue fácil al principio, dominar la táctica de estar presente y a la vez ausente le supuso algunos disgustos que dado su carácter asocial sobrellevó con altibajos. Su constancia junto con el perfeccionamiento de la técnica dieron frutos meses después, cuando entrenó su cerebro para accionar su boca a la señal de alerta proveniente de su oído izquierdo. Cuando recibía vibraciones acordes al timbre sonoro de los profesores accionaba un mecanismo que activaba sus cuerdas vocales emitiendo un: “Perdón no lo he oído bien, ¿puede repetir la pregunta?” tras lo cual era devuelto a la realidad, o cuando sonaba el timbre que alertaba del cambio de clase o del fin de la jornada. Era todo tan complejo, tan extraño...

La tarde que Daniel Things llegó a clase, Harry ni se dio cuenta, si tengo que decir la verdad se encontraba tratando de perseguir unas notas musicales que lo llevaban molestando varios días y que no conseguía adivinar de dónde o por qué lo atormentaban. Dodo-rere-mimi-fa, dodo-rere-mimi-sol, insistentemente e inscrescendo lo llamaban y él trataba de encontrar el origen de la melodía transitando por calles desconocidas dentro del mundo que había construido.

Daniel lo saludó con miedo al pasar a su lado.

-Hola-dijo sin apenas mover los labios.

Apesadumbrado trataba de colocar la silla lo más alejada posible de aquel sujeto con el rostro lleno de pelo. Era el único pupitre que quedaba libre en la clase y don Remigio le indicó que lo ocupara. Lo miró indeciso, tratando de protestar pero don Remigio lo interrumpió adivinando sus intenciones.

-No te preocupes Daniel, Harry no te molestará en abosuluto, ¿verdad Harry?-tras lo cual un Harry que parecía mecanizado contestó.

-Perdón no lo he oído bien, ¿puede repetir la pregunta?.

-Harry es como una estatua, Daniel, no te molestará, te lo aseguro.

La perplejidad de Daniel duro más o menos un mes, el tiempo que necesitó para adaptarse sin miedo a la insustancial compañía de aquel “personaje”, como le denominaba para sus adentros. A partir de ese momento comenzó a probar diferentes estrategias que demostraran su

hipótesis: "Harry es un androide".

Su primera artimaña consistió en coger una caja llena de cucarachas y rociarla sobre sus pantalones, si Harry hacía algún mal gesto o un ligero movimiento, como era de esperar, contradeciría su teoría, permanecer impertérrito significaría la confirmación de sus pesquisas.

Harry apenas movió un ápice de su cuerpo mientras las cucarachas correteaban libremente por sus pantalones, ascendiendo veloces por su camisa terminando por incrustarse entre el pelo enmarañado de su rostro. Aún así, Harry no se inmutó.

Daniel sonrió satisfecho, "¡primera prueba superada!", estaba seguro de que no erraba el diagnóstico, era mucha la confianza que tenía en sí mismo.

Daniel Things tenía un punto perverso que hasta ahora no había salido a la luz. La siguiente prueba que ideó no dejaría lugar a dudas: "Todo ser vivo adolece de la sensibilidad al dolor, Harry no ha de reaccionar a esta prueba si como imagino, no es un ser vivo, sino un amasijo de circuitos integrados con un evoltorio de piel que le confieren un aspecto humano. Sin duda esto debe ser una prueba definitiva".

Don Remigio, de largo rondaba la edad circundante al retiro, esa edad que relaja las maneras y predice de antemano comportamientos equívocos con solo mirar con el rabillo del ojo. A Harry lo conocía desde la infancia, sabía de sus rarezas de primera mano, pero se rendía a los excelentes resultados de su alumno-monolito, (ésto lo pensaba para sus adentros). Sin embargo de Daniel Things, solo conocía el expediente académico, sin duda brillante, aunque Don Remigio no tardó en descubrir una inquietante sonrisa confusamente inofensiva que le llevó a prestar una especial atención a las acciones de aquella nueva criatura, moradora de su redil.

Capítulo 4

Harry no daba muestras de verse afectado por las crueles maniobras de desenmascaramiento de su nuevo compañero, pero lo cierto es que no fue hasta días después cuando surtieron efecto. En concreto, todo empezó a complicarse la noche que al servir la sopa, su madre, observó un ligero temblor en los mechones despeluznados de la mejilla derecha de su hijo. El movimiento provocaba abultamientos suaves e irregulares por la zona. Su progenitora, presa del pánico soltó de golpe la sopera, agarró a su hijo por los hombros y despejó cuidadosamente con los dedos el rostro hasta cercionarse de que su cara estaba ausente de toda protuberancia dañina. En ese instante una cucaracha que había quedado enredada en la pelambreira, se liberó desapareciendo de nuevo entre los matojos de cabello.

Un grito despavorido brotó de su garganta provocando un desmallo instantáneo. Todos acudieron a socorrerla menos Harry, que parecía más preocupado por el estado del pequeño insecto. Nadie se dio cuenta pero Harry esbozó una sonrisa, tal vez la primera en mucho tiempo, tal vez la única hasta ahora.